

¡LA BOLA QUE SE VA, SE VA... SE FUE!

Héctor Zarauz*

I

En los años cuarenta (del siglo pasado), el beisbol era el deporte favorito de la afición mexicana, a ello había contribuido de manera definitiva un personaje singular: el empresario Jorge Pasquel, quien tenía agencias aduanales, periódicos y mantenía el monopolio de la distribución de combustible, entre otros negocios, que lo habían convertido en uno de los hombres más ricos y poderosos de México.

Con su dinero Pasquel había comprado el parque Delta (a la sazón el principal recinto de beisbol) y organizado una liga poderosísima al aprovechar que la segregación racial en Estados Unidos, impedía que peloteros de razas negra y blanca jugaran juntos. Así llegaron a la Liga Mexicana excelentes jugadores cubanos, venezolanos, portorriqueños y estadounidenses negros. Por si fuera poco el magnate veracruzano abrió generosamente la chequera llegando a multiplicar varias veces los sueldos pagados en Estados Unidos, fue así como contrató a varios jugadores blancos de las Grandes Ligas. El año de 1946 fue especial para el beisbol mexicano, pues entonces llegaron algunos de estos beisbolistas, formando una liga multirracial casi del nivel de las Ligas Mayores.

Pasquel, para coronar la liga que había forjado, tuvo la ocurrencia de invitar a presenciar algunos encuentros de la Liga Mexicana, al máximo jugador de béisbol que había existido hasta entonces, a George Herman Ruth, el *Babe*.

II

Babe Ruth, el gran *Bambino*, el *Sultán*, era el hombre que en la década de los veinte (después del fiasco de las Medias Blancas de Chicago) había rescatado, con su proezas, el beisbol convirtiéndolo en una religión para Estados Unidos, por ello más que un Dios del beisbol, era el beisbol mismo.

Ruth había crecido en un orfanato de Baltimore. Tan pronto salió de ahí empezó a jugar profesionalmente en 1913, cuando tenía 18 años de edad. Tres años después era el mejor pitcher de la Liga Americana, faceta poco conocida del *Bambino*, ganó

tres juegos en Serie Mundial para las Medial Rojas de Boston e impuso marcas que cuatro décadas después seguían vigentes.

Su afición por el *bourbon* y los *hot dogs* deterioraron su figura pero no su poder con el bat. Sus números lo dicen todo: en doce ocasiones fue campeón jonronero, en 1923 fue designado el jugador más valioso de la liga, la temporada siguiente ganó la corona de bateo, participó en todos los juegos de estrellas entre 1926 y 1931, tuvo una temporada de 60 jonrones, e incluyendo sus juegos de Serie Mundial se botó la barda en 729 ocasiones. Este portento en total logró imponer 50 marcas, algunas de las cuales, a cerca de setenta años siguen vigentes.

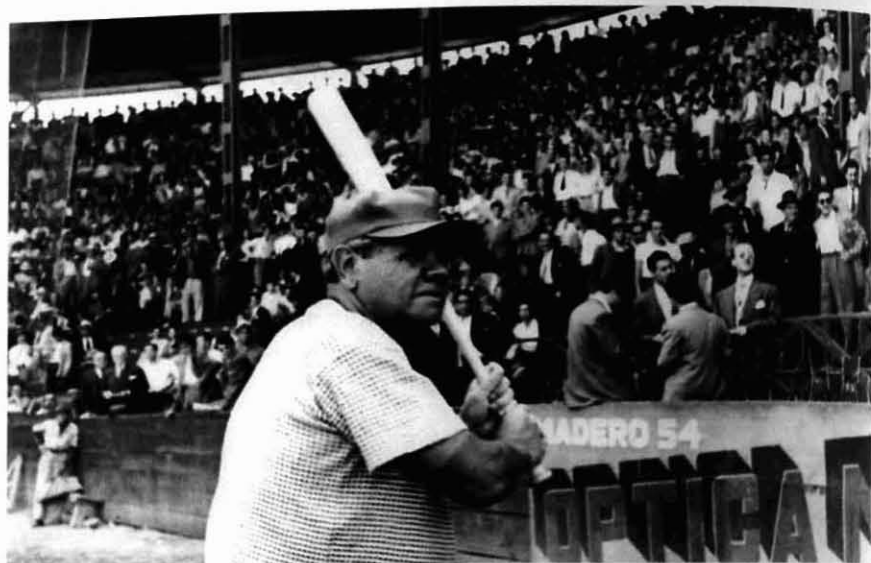
En esos alocados años veinte, exentos de la televisión que encumbra y entierra, el *Bambino* se convirtió en una de las primeras grandes estrellas deportivas del mundo: promocionaba ropa interior, al tiempo que su figura aparecía en las cajas de cereal y galletas, mientras un ejército de periodistas y fotógrafos asediaban todos sus pasos. En 1920 fue transferido a los Yankees de Nueva York por 125 mil dólares, una cantidad inimaginable en esa época. Su primer sueldo fue por 600 dólares pero en 1930 ya ganaba 80 mil y se dice que en total en toda su carrera obtuvo más de un millón, que en ese tiempo era una tonelada de dinero. Cuando los periodistas lo inquirían maliciosamente acerca de sus sueldos tan altos que superaban al del presidente de Estados Unidos, contestaba entre serio y divertido: "[...] bueno, tuve mejor temporada que el señor Presidente."

III

La invitación de Pasquel fue bien recibida, y Ruth acompañado de su familia llegó a México el 16 de mayo de 1946. En el aeropuerto decenas de periodistas y fotógrafos lo esperaban horas antes de su arribo, incluso la radio transmitió en vivo su llegada. Del aeropuerto se trasladó, acompañado por uno de los miembros del clan Pasquel, al Parque Delta, ahí la fanática recibió con una ovación indescriptible a un hombre de 51 años, enfermo, que paseó bonachonamente su cuerpo de cien kilos de peso y 1.88 de estatura.

* Candidato a doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Vestía Ruth un traje *sport*, café, de gabardina con camisa crema y sin corbata, caminó parsimoniosamente por todo el campo recibiendo una cascada de aplausos; luego de agradecer el homenaje de los aficionados se sentó con Jorge Pasquel para ver el juego entre Alijadores de Tampico y los Azules de Veracruz. Al palco del magnate se acercó todo el mundo, todos querían verlo, tocarlo, felicitarlo, simplemente estar en contacto con la leyenda más grande del béisbol, algunos aficionados le pidieron un autógrafo, mismos que el *Babe* complaciente firmaba con una letra gruesa y firme con su mano derecha, no obstante de ser zurdo.



IV

Durante dos semanas Ruth se dedicó a pasear, jugó golf, visitó Acapulco, al parecer todo por cuenta de Pasquel. Cuando llegó el momento de volver a casa, el magnate veracruzano pidió un favor al *Sultán*: una exhibición de bateo antes del juego entre Diablos Rojos de México y los Azules de Veracruz. El *Bambino* aceptó la petición y la noticia corrió como reguero de pólvora. El 30 de mayo el amplio parque Delta estaba completamente lleno con 25 mil fanáticos, listos para presenciar el momento histórico: *Babe* Ruth bateando en México.

A las tres y cuarto de la tarde George Herman Ruth, el *Babe*, se paró en el "home plate" del Parque Delta para dar una exhibición de bateo. Quien tendría el honor de lanzarle sería el pitcher cubano Ramón Bragaña. El antillano era a la fecha el más grande lanzador de la liga, tenía una recta endemoniada, tiraba curvas y además era controlado, por ello llegó a ganar más de doscientos juegos en la Liga Mexicana y ser considerado el mejor de su momento. De carácter orgulloso, Bragaña no aceptó prestarse al lucimiento de Ruth, no se sentía obligado a "ponerle la bola a modo" al mítico vuelacercas.

Se paró en el montículo y lanzó lo mejor que tenía, primero una recta que apenas vio el *Bambino*, luego una curva que lo hizo abanicar de tal forma que el jonronero se lastimó el brazo. Así siguieron varios lanzamientos con demasiada jiribilla, frustrando el éxito de la exhibición, Bragaña se robaba el "show"

a costillas de Ruth, quien sólo acertaba a conectar batazos cortos cuando no abanicaba, el público se impacientaba y pronto los abucheos y silbatina crearon un ambiente tenso, no era la situación calculada por Pasquel.

Apareció entonces en escena Ernesto Carmona, manager de los Azules quien pidió de mal modo a Bragaña que permitiera lanzar algunas bolas al veteranísimo pitcher mexicano Roberto Romo Chávez. Bajo la presión del público Bragaña dejó su lugar a Romo quien tomó el puesto y lanzó una bola recta por el centro del "home", ideal para ser bateada. Por un instante Ruth volvió a ser el mismo de antaño, olvidó su lesión de la pierna, la del brazo y demás achaques. Por una fracción recuperó el poder devastador que lo había hecho el jugador más temido en los diamantes. *Babe* conectó la pelota justo en la nariz haciéndola volar entre los jardines central y derecho, más allá de los 400 pies. Sin duda era un jonrón; el último jonrón de *Babe* Ruth.

Al día siguiente Ruth regresó a Estados Unidos, moriría 15 meses después de su viaje a México, convirtiéndose en uno de los inmortales del deporte. Del resto de los personajes de esta historia sabemos que al terminar el juego, Bragaña y Carmona se liaron a golpes en los vestidores. Años después Jorge Pasquel (quien además era manager de béisbol), Roberto Romo Chávez, Ernesto Carmona y Ramón Bragaña, ingresaron al Salón de la Fama del béisbol mexicano. El parque Delta fue destruido y reconstruido para ser derruido de nuevo, actualmente es un terreno baldío, mientras que la última pelota que bateó de jonrón *Babe* Ruth todavía no cae. ■